

# LA AGUA MILAGROSA Y LOS DOS APRENDICES

CUENTOS DE LOS HERMANOS GRIMM

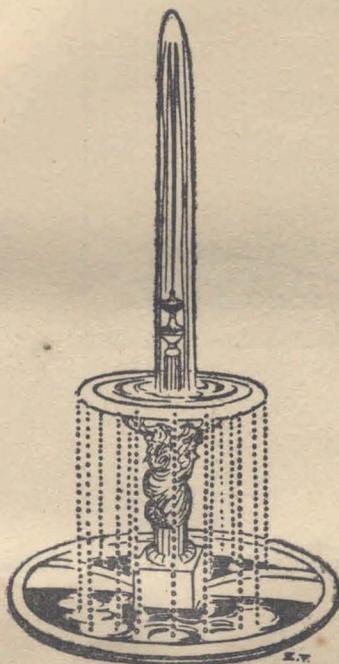


AL PRIMER CLIENTE

41,20

# EL AGUA MILAGROSA

Cuento de los HERMANOS GRIMM



103

Versión española de JOSÉ MARÍA HUERTAS

Dibujos de FREIXAS

COLECCION MIS PRIMEROS CUENTOS



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES

LIBRERIA LA FACULTAD

# MIS PRIMEROS CUENTOS

## PUBLICADOS

- 1—Blancanieves.
- 2—Alí Babá y los Cuarenta Ladrones.
- 3—La Cenicienta.
- 4—Barba Azul.
- 5—Pulgarcito.
- 6—Aladino o La Lámpara Maravillosa.
- 7—El Agua Milagrosa.
- 8—Los tres pelos del Diablo.
- 9—El Rey Cuervo.
- 10—Caperucita Roja.
- 11—La Vieja de los Gansos.
- 12—Florezilla.

## EN PREPARACION

- 13—El Sastrecillo Valiente.
- 14—La casita del Bosque Encantado.

PRECIO DE CADA TOMO \$ 1.50

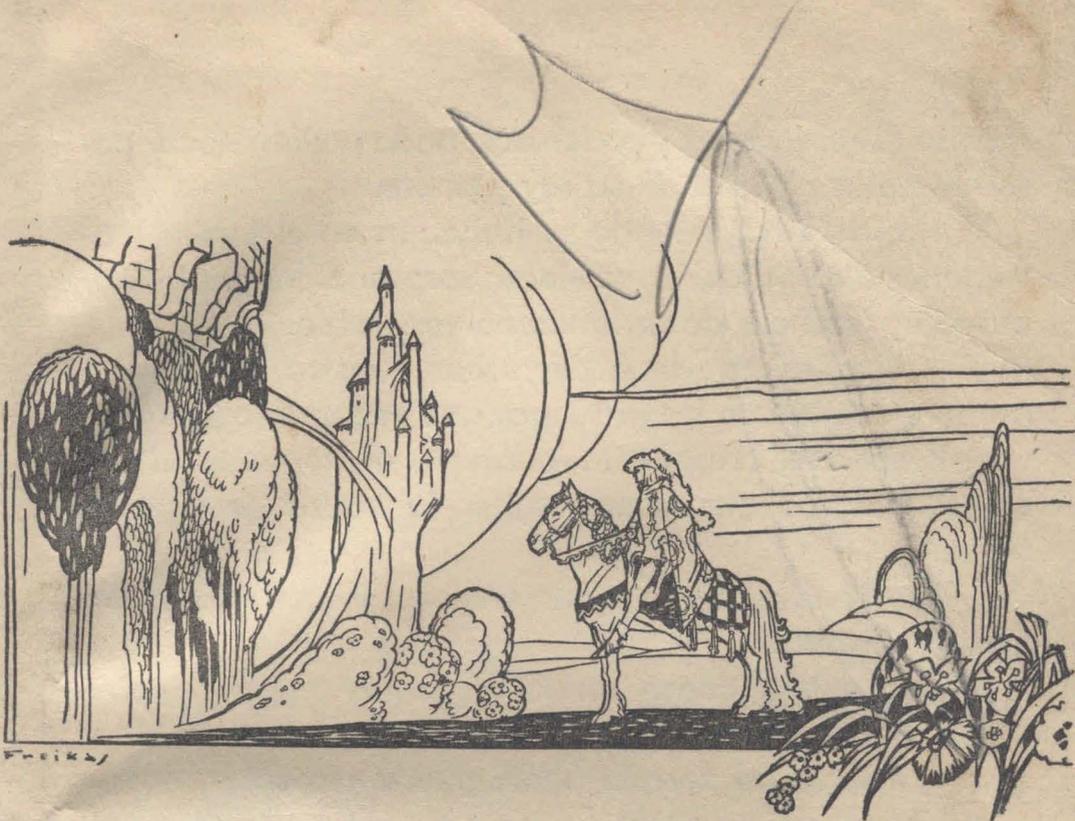
**SEGUNDA EDICION: OCTUBRE DE 1939.**

Es propiedad en lo referente a los derechos de autor  
de la presente versión

**Copyright, 1939 by**

Impreso y editado en Buenos Aires

TALLERES GRAFICOS DE EDITO



EN un reino lejano vivía en otros tiempos un monarca poderoso, tan justo y magnánimo que era adorado por todos sus súbditos. Y razón tenían para quererle, pues aquel soberano ejemplar, se desvivía por la felicidad de su país y no había desgracia que él no tratara de remediar, ni dolor que no intentase desvanecer.

Pero un día el país entero vióse sumido en la aflicción. El caso no era para menos: ¡su buen rey estaba enfermo! Y tan grave era la dolencia, que los médicos no sabían ya qué recetarle, ni cómo combatir el mal; de manera que se temía un cercano y triste desenlace.

Grande era el dolor de todo el mundo, ya os lo hemos dicho. No obstante, los hijos del monarca, los tres príncipes, parecían no tener consuelo y eran, naturalmente, los más atormentados por la pena. A pesar de

mediar el ser jóvenes y poderosos, nada podían hacer para remediar el dolor de su rey y padre.

Una mañana, cuando se hallaban en el jardín, entregados a su aflicción, se vieron sorprendidos por la inesperada presencia de un anciano venerable.

—¿Cómo te atreves a perturbar nuestro dolor?—preguntó el mayor de los príncipes que era muy egoísta.

—Perdonad, amigos. . .—contestó dulcemente el anciano.—Pero es que quería saber la causa de vuestra pena.

—¿Es posible que la ignores?—saltó impetuoso, el segundo hermano.

—¿No sabes, acaso—terció el pequeño—que nuestro padre, el buen rey, padece una enfermedad incurable y se está muriendo porque nadie puede remediársela?

—Lo ignoraba—contestó el extraño viejo.—Y desde luego no creo que sea incurable. Yo conozco un remedio que le sanaría tan pronto lo tomara.

—¿Qué remedio es ése?—dijeron a un tiempo los tres príncipes.

—El agua de la fuente encantada.

—¿El agua de la fuente encantada?—repitió el mayor de los príncipes.

—Sí—confirmó el anciano.

—¿Y dónde está eso?—inquirió el menor de los hermanos.

—Lejos. . . Y es muy difícil conseguirla.

Los príncipes no se preocuparon por esta última afirmación. El desaliento que poco antes pesaba en su alma, había desaparecido. Habían renacido sus esperanzas de que el rey sanase, a pesar del diagnóstico de los médicos más sabios del país.

Así que los tres se pusieron a asediar al extraño viejo para que les indicara dónde podían hallar aquella rarísima agua.



—¿Y DÓNDE ESTÁ ESO?

Desgraciadamente, el informador no dió más que pocos detalles acerca del lugar donde se hallaba la fuente milagrosa.

Como insistieran e incluso le invitaran a que les acompañase a buscarla, se apresuró a desaparecer, aunque luego de indicarles:

—Sabéis ahora cómo remediar la dolencia de vuestro padre. Si le amás, debéis lanzaros en busca del agua de la fuente encantada.



LOS tres hermanos empezaron a discutir lo que debían hacer.

El pequeño era partidario de que fueran los tres en busca de aquella agua milagrosa, pero el mayor pensaba de otra manera.

Deseaba ir solo por ella, imaginando que si tenía la suerte de traer el remedio y salvaba la vida del rey, su padre, se convertiría en el hijo preferido y tendría la mejor parte de los países que gobernaba el monarca enfermo.

Convenció, pues, a los hermanos que le dejaran partir solo y en seguida se presentó al monarca para anunciarle que iba a ponerse en camino para buscar el agua que había de remediar su dolencia.

El buen rey tenía noticia del rarísimo líquido. Pero, asimismo, sabía otras cosas.

—¡Jamás, hijo mío!—respondió, cuando se enteró de lo que el príncipe pretendía hacer.—Ya conocía esa agua milagrosa; pero no ignoro tampoco los grandes peligros que es preciso correr para alcanzar el manantial encantado donde se encuentra. Y prefiero morir mil veces que exponerte a tales trances.

Pero su ambicioso hijo, no atendió a tales razones y



LE ROGÓ Y SUPLICÓ TANTO Y TANTO...

no por cariño filial, sino por lo que ya sabemos. De modo que le rogó y suplicó tanto y tanto, que por último, el real enfermo, consintió en que intentara la peligrosa aventura.

Ante la firme determinación del príncipe, llamó a un viejo servidor que conocía el camino de la fuente y le pidió que explicara por dónde debía seguir el joven para llegar a sus cercanías.

Aquella misma tarde, el príncipe montó en un poderoso corcel y partió hacia el lejano lugar, donde se encontraba la fuente encantada.

Estuvo cabalgando toda la noche. Cuando apuntaba el día y atravesaba una llanura desierta, de detrás de una piedra, salió un jorobadito que voceó:

—¡Eh, buen caballero! . . . ¿Adónde te diriges corriendo de esa manera?

El príncipe que, además de ambicioso, era altanero, contestó:

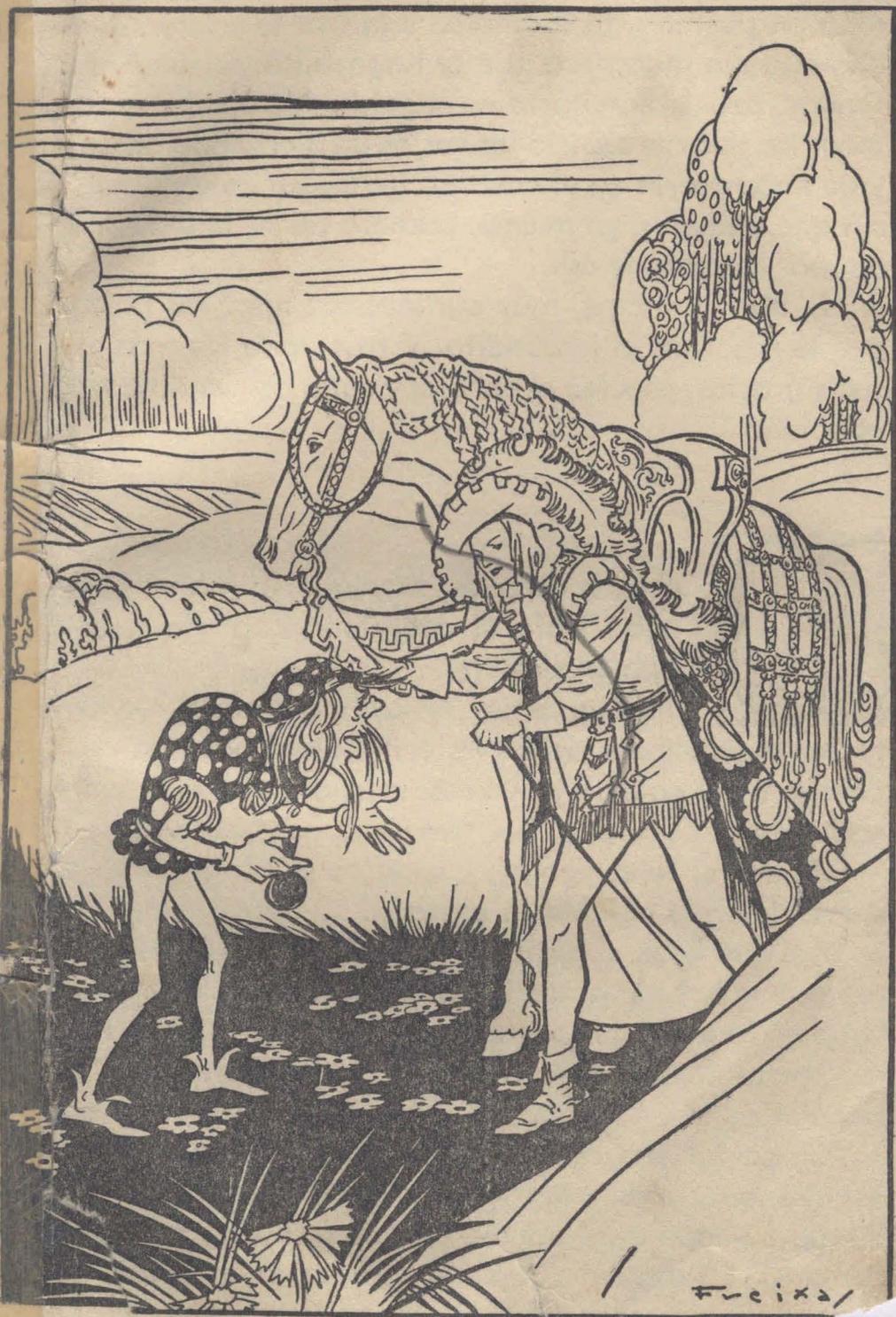
—¿Y a ti qué te importa, jorobado del diablo, vil gusano?

El contrahecho hombrecillo se enfureció terriblemente por los insultos, pero no contestó cosa alguna. Mas tan pronto el hijo del rey hubo pasado, hizo en el aire un extraño signo de brujería.

Ignorante del maleficio que provocara con su manera de hablar, el príncipe terminó de recorrer la llanura, se internó en un bosque muy espeso y llegó, por último, a la entrada de una estrechísima garganta.

Era el paso muy angosto, pero como el príncipe sabía que iba por buen camino—ya que hasta entonces había ido encontrando cuanto el viejo servidor de palabra le indicara para llegar a la fuente,—no quiso interrumpir su marcha por otro lugar.

Ignoraba que era aquél un sitio encantado por el robo al que contestara tan malamente; pronto adv



—VOY EN BUSCA DE LA FUENTE ENCANTADA

—Aprovechándote del momento en que los leones comen los pasteles, te acercarás a la fuente y tomarás de ella el agua milagrosa que te haga falta. En cuanto la tengas, debes marcharte en seguida. No olvides que al tocar las doce se cierran las verjas de hierro nuevamente y de encontrarte en el castillo, te quedarías encantado, sin que nadie, ni yo mismo, pudiera hacer lo más mínimo por sacarte de allí.

El buen príncipe, muy agradecido, tomó los objetos que le regalaba el jorobadito. Y tras darle las más efusivas gracias, espoleó el caballo y salió corriendo a toda velocidad.



OS días después, mediada la mañana, llegaba ante el castillo encantado que le habían descrito.

Siguiendo, como hasta aquel momento, las indicaciones del hombrecillo, llegó hasta la verja de hierro del palacio y ayudado por la varita que le dieran, golpeó las puertas por tres veces consecutivas.

Al dar el tercer golpe, las verjas se abrieron por sí solas, dejando abierta la entrada.

Así que llegó al patio, se le abalanzaron los dos leones que le habían anunciado, pero como el príncipe llevaba en la mano los pasteles, se los arrojó y las dos fieras, entretenidas en comérselos, le dejaron pasar sin hacerle daño.

Como faltaba bastante para el mediodía, el joven decidió, ante todo, recorrer el enorme palacio, quedando maravillado ante sus magníficos salones y soberbias cámaras. Le sorprendió que si bien había en ellas gran número de personas, todas estaban entregadas, al pa-  
más profundo sueño.



SE LE ABALANZARON LOS DOS LEONES

En una de las habitaciones y encima de una preciosa mesa, encontró una espada y un saquito de trigo. Esperando que pudieran servirle, se ciñó el arma y guardóse la bolsa con el trigo.

Finalmente, al llegar a la última sala del palacio, topóse con una hermosa joven, que le dejó deslumbrado. También estaba dormida.

Contemplaba nuestro joven aventurero tan linda princesa, cuando vió que abandonaba el lecho en donde estaba y se dirigía a él.

Y en seguida, con dulce voz, hizo saber al asombrado príncipe:

—Has conseguido penetrar hasta aquí, cosa que nadie hasta ahora había podido hacer. Con ello has roto el encanto que encadenaba el castillo a mis vasallos y a mí también. Sin embargo, aún no han desaparecido los efectos del encantamiento.

—¿Qué he de hacer para ello?—preguntó el joven, que se sentía dispuesto a todo.

—Nada... El encanto desaparecerá solo, dentro de un año. Vuelve entonces y te tomaré por marido.

—No faltaré, descuida—prometió el príncipe.—Y ahora, hermosa doncella, dime dónde puedo encontrar la fuente del agua milagrosa.

—Está en el patio, tras una columna—le contestó.—Pero date prisa en coger la que necesitas, ya que están a punto de dar las doce y es menester que para esa hora te encuentres ya fuera del castillo.

El joven se despidió de la princesa, a la que besó galantemente la mano, y fuése presuroso al patio donde encontrara los leones.

Al recorrer de nuevo los salones y cámaras por donde antes ya pasara, vió en una de éstas un soberbio lecho. Entonces recordó que desde hacía varios días sólo había dormitado a caballo y sintió tal deseo de reposar un



Frcinas

ENCONTRÓ UNA ESPADA Y UN SAQUITO DE TRIGO

rato que, sin poderlo evitar, se tendió en aquella cama y a los pocos minutos se hallaba profundamente dormido y olvidado por completo del peligro que corría si llegaban a sonar las doce.

Pero no había abandonado la espada ni el saco de trigo, sino que los sujetaba contra su pecho. Y en uno de los movimientos que hizo en su sueño, se le escapó el acero y cayó al suelo estruendosamente, cosa que le despertó sobresaltado.

Al momento saltó del techo, desaparecida su pereza, y corrió a la fuente del patio, llenando fácilmente con su agua milagrosa la calabaza que llevaba para este objeto.

Como alzara la vista y viera que el sol estaba a punto de llegar al cenit, se apresuró a salir del castillo, haciéndolo en el preciso momento en que empezaba a sonar la primera campanada de las doce.

Al cerrarse de golpe la verja del castillo encantado, le cogió un talón y arrancó la espuela que en él llevaba.



A os podéis suponer cuánto era el júbilo del joven príncipe en su camino de regreso. ¡Llevaba consigo el remedio para la grave enfermedad que padecía su padre!

Al llegar a la llanura, donde se alzaba la roca, a cuyo pie vivía el jorobadito, se apresuró a ir a su encuentro, expresándole su más vivo agradecimiento por lo que le había ayudado en su arriesgada empresa.

El jorobado parecía tan satisfecho como él mismo, y esta satisfacción aumentó cuando dióse cuenta de la espada que el joven llevaba al cinto, así como del saquito que colgaba de su silla de montar.

—Buena idea has tenido—aseguró—tomando esa es-



LOS POCOS MINUTOS SE HALLABA PROFUNDAMENTE DORMIDO

pada y la bolsa de trigo. La primera te servirá para luchar contra quien quieras, hasta contra un ejército, y el saquito de trigo tiene la rara virtud de que por más cereal que saques de él, jamás llegarás a agotarlo.

Naturalmente que estas nuevas alegraron aún más al valiente príncipe. Le complacía en extremo ser dueño de tan maravillosos objetos.

Con todo, su alegría no era completa: se sentía ansioso por sus hermanos. Ya sabemos que tenía el íntimo convencimiento de que seguían viviendo, ¿pero y si luego no resultaba así?

Decidió pedir ayuda al buen jorobadito. Tantos servicios le había hecho, que, a buen seguro, no le negaría noticias de sus hermanos, como supiera de ellos. Y parecía estar tan enterado de todo, que era improbable no los conociese.

—Buen jorobadito—le preguntó, pues;—¿por casualidad has visto pasar por aquí, en este último mes, a dos príncipes que son hermanos míos?

—¿Aquéllos, hermanos tuyos? ¡Pues no lo parecen!

—¿Entonces los has visto? ¿Y dónde están?—preguntó ansioso el buen príncipe.

—Muy cerca de aquí. Encerrados en un estrecho desfiladero encantado.

—¿Qué dices? ¿Encerrados? ¿Y por quién?

—Por mí, que les castigué por ser tan soberbios. Pagan ahora su insolente altivez, gracias a mi encantamiento.

—Desencántalos en honor mío, ¿quieres?

El jorobadito se negó en redondo. Y fué menester que el príncipe suplicara y rogara mucho para que, al final, accediese a complacerle, dando por terminado el terrible castigo que había impuesto a los orgullosos príncipes.

—Bien... Lo haré por ti—anunció.—Sin embargo, acuérdate que te anuncio que no agradecerán el bien que les



AL CERRARLE CON UN GOLPE LA VERJA DEL CASTILLO ENCANTADO LE  
ARRANCÓ EL CILÍNDRILLO Y LE ARRANCÓ LA ESPUELA

haces. Esos hermanos tuyos tienen el corazón muy perdido. No te fíes de ellos. Es un buen consejo, que no deberías olvidar.

En seguida hizo uno de sus cabalísticos ademanes en el aire y el encantamiento quedó roto.

Las montañas se separaron, los caballos de los dos príncipes aprisionados recuperaron sus movimientos, y pronto salieron del maldito desfiladero y se reunieron con su hermano, que les esperaba con ansiedad y que se apresuró ante todo a darles de comer y beber.

El jorobadito se había marchado, poco deseoso de encontrarse con tan odiosos jóvenes.

Inmediatamente, los tres hermanos emprendieron el regreso. El menor les contó cuanto le había sucedido y las maravillosas aventuras que había pasado. Incluso les dijo que al cabo de un año debía regresar para casarse con la princesa del castillo encantado, y que, gracias a este matrimonio, sería el rey de un vasto y riquísimo país.

Poco después, siguiendo su camino, los jóvenes pasaron por un reino que estaba completamente arruinado, víctima de la guerra y el hambre.

El menor de los tres hermanos, se compadeció de tanta miseria y decidió ayudarles. Visitó al rey de aquel país y le hizo entrega de su saquito de trigo y de su maravillosa espada.

Agradecido el monarca hizo uso del arma y venció a los enemigos que asolaban su reino. Seguidamente, merced al saquito pudo llenar por completo todos los graneros del país. Después, entre bendiciones devolvió la espada y el saquito mágico al príncipe que se lo prestara y los tres hermanos continuaron el viaje.



Y PRONTO SALIERON DEL MALDITO DESFILADERO



ANSIOSO por llevar cuanto antes el agua milagrosa a su doliente padre, el menor de los príncipes propuso a sus hermanos que continuaran el camino por mar, a lo que no se opusieron.

El bueno del príncipe suponía que los otros dos le estaban agradecidos por lo que había hecho por ellos. Se equivocaba. Ambos se sentían dominados por los celos y la envidia. Así durante la travesía tuvieron frecuentes conciliábulos y decidieron oponerse a que su hermano pequeño fuese el detentor del agradecimiento del rey enfermo: decidieron arrebatarse el agua milagrosa y ser ellos los que se vieran favorecidos por el agradecimiento paternal y, más adelante, por el trono de sus mayores.

De acuerdo con el infame plan que proyectaran, al llegar la noche, en tanto que el valiente príncipe estaba entregado al más profundo sueño, cosa natural después de sus fatigosas aventuras, consiguieron apoderarse de la calabaza en la que estaba el agua milagrosa, y la cambiaron por agua del mar. También quisieron quitarle su espada maravillosa y el saquito de trigo; pero quedaron chasqueados. Apenas tendida la mano hacia ellos, ambos objetos se esfumaron.

A la mañana siguiente, cuando se despertó el joven, dióse cuenta en seguida de la desaparición. Sin embargo, aun cuando le sorprendió, no hubo de preocuparle gran cosa: lo que a él le interesaba era llevar su agua milagrosa. Y como tenía al lado la calabaza, no sintió mayor inquietud.

Por último, llegaron a su país, y el pueblo en masa



DURANTE LA TRAVESÍA TUVIERON FRECUENTES CONCILIABULOS

les hizo un gran recibimiento, que se tornó apoteosis en cuanto pisaron la capital del reino.

Los dos príncipes mayores aceptaron los homenajes como cosa que merecían, pero el otro únicamente procuró zafarse pronto de ellos, en seguida que le fué posible, corrió a palacio y a la cámara de su padre, el rey, al que le hizo entrega de la calabaza con estas palabras:

—¡Toma y bebe, rey y padre mío! Y perdona la desobediencia de tu hijo, en gracia a la salud que con esta agua recobrarás.

El soberano le miró agradecido. Cogió la calabaza con cierto respeto, como si le pareciera imposible que su contenido sirviera para que recobrase la salud. Por fin echó un trago.

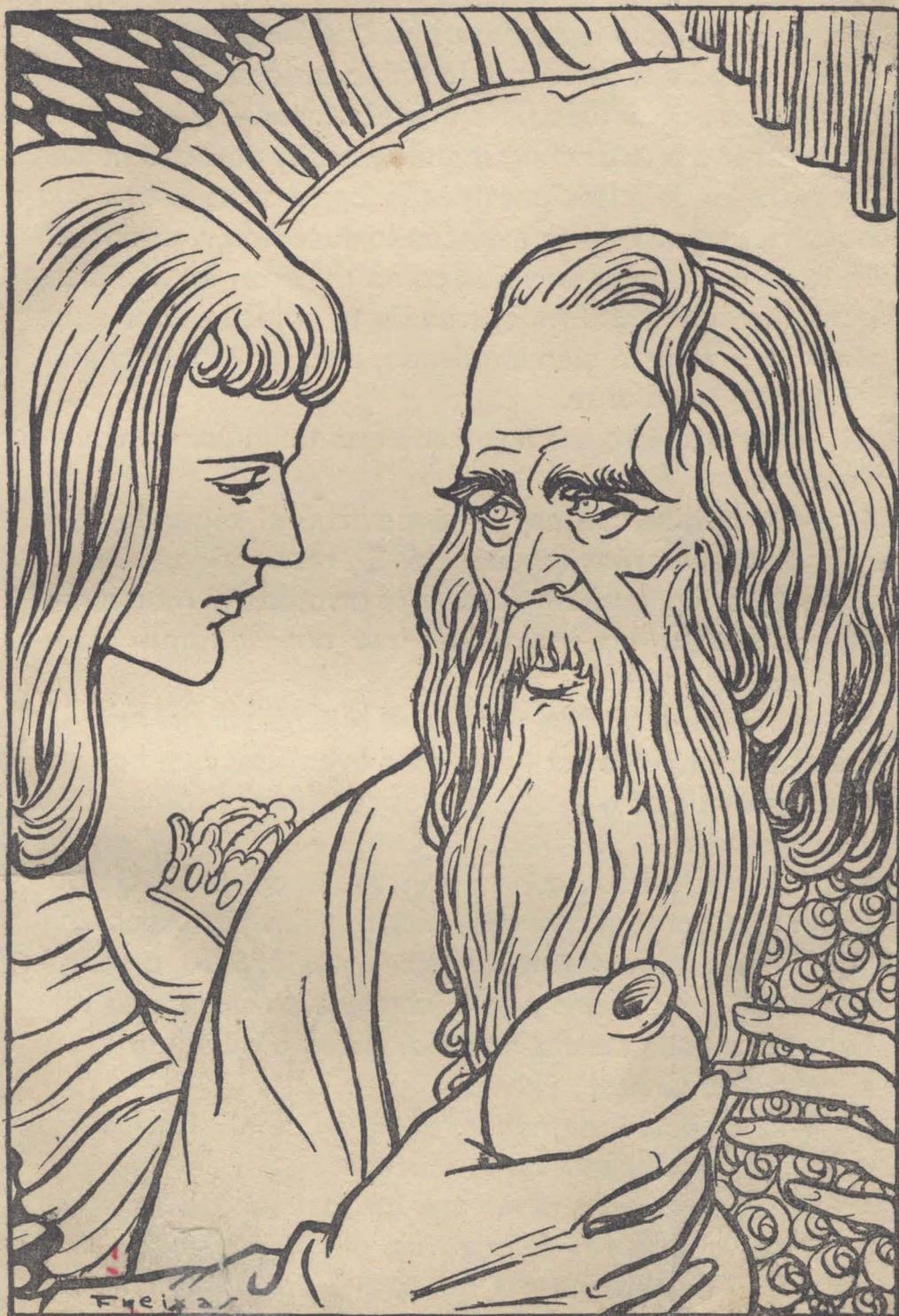
Como es natural, le supo a demonios. Hizo una mueca, pero volvió a beber. Desgraciadamente, como era agua de mar, en vez de sentirse mejorado, lo que sucedió fué que se notó mucho más enfermo.

El pobre príncipe no creía lo que veían sus ojos.

En aquel momento, llegaron sus hermanos y al darse cuenta del estado del rey, se pusieron a dar destempladas voces, acusando al pequeño de haber intentado envenenar a su padre. Luego, para demostrar cuán distintas eran sus intenciones, tendieron a su padre otra calabaza que llevaban y en la que estaba la verdadera agua milagrosa.

El rey, que casi no sabía lo que hacía, tomó un sorbo de la nueva agua y tan pronto lo hubo hecho, se sintió completamente bien, de manera que pudo levantarse. Viósele al punto lleno de fuerzas y salud como jamás estuviera.

Su primer acto, fué mandar que se arrojase de su presencia al pobre príncipe, tan cruelmente burlado. Y sin que valieran sus protestas, hubo de salir de la regia cámara, en tanto que sus hermanos eran abrazados cariñosamente por el rey.



EL SOBERANO LE MIRÓ AGRADECIDO

Poco tardaron en seguirle aquellos príncipes y en un rincón de palacio le acorralaron, burlándose de su dolor y haciendo befa de lo que le había pasado.

—¡Aprende, imbécil!—le dijo el mayor.—Te jugaste la vida por ir a buscar el agua milagrosa, y nosotros hemos recibido las felicitaciones por haberse sanado con ella nuestro padre. ¿No te explicas lo sucedido, verdad? Yo te lo diré. Cuando dormías como un lirón en el barco, cambiamos el agua milagrosa de tu calabaza por agua de mar. Y te está bien empleado, por dormirte llevando un tesoro semejante.

—Cierto... Pero era tan tonto que tenía confianza en vosotros.

—No hables con ese tono—advirtió el segundo,—que aún debes estarnos reconocido. Sí, reconocido, pues de haber querido, podíamos haberte arrojado al mar, sin el menor riesgo. Lo malo fué que nos sentimos compasivos...

—Una advertencia—terminó el hijo mayor del rey.—Lo mejor es que te calles todas esas aventuras que has pasado, pues de otro modo, no nos sentiremos compasivos y te mataremos sin piedad. ¿Entiendes? ¡Ah! Y olvida tu proyectada boda con la princesa encantada. Dentro de un año, tomará a uno de nosotros dos por esposo.

El desgraciado príncipe no se atrevió, pues, a contar la verdad a su padre y éste, convencido de que su hijo había atentado contra su vida, llamó a deliberar sobre el caso a su Consejo Privado.

Todos ellos, indignados, dijeron que el príncipe era culpable y merecedor de la muerte.

El rey, entonces, como era tan bondadoso, no quiso matar al que, a fin de cuentas, era hijo suyo. Se contentó con desterrarle del reino, si bien le advirtió que tenía pena de la vida como intentara volver a poner los pies en el país.



AL PREGUNTAR AL SOBERANO QUE PARA QUIÉN ERA, LE RESPON-  
DIERON QUE PARA UNO DE SUS HIJOS



MESES después, el buen rey recibió una embajada extraordinaria. Venía una multitud de nobles y pajes, que eran portadores de soberbios regalos. Al preguntar el soberano que para quién eran, le respondieron que para uno de sus hijos, que había salvado un reino de la miseria y de ser destrozado por el invasor. Y le describieron a su hijo pequeño.

Tal comportamiento, que compaginaba mal con las acusaciones de que el pobrecillo había sido objeto, hizo pensar al rey que quizá había obrado con precipitación. Comparó luego los caracteres de sus dos hijos mayores y del otro y se convenció de que, efectivamente, había procedido mal.

Para remediarlo, hizo salir inmediatamente mensajeros en todas direcciones, con orden de buscar a su hijo y llevarle a su presencia.

Pero sus enviados no pudieron dar con el calumniado príncipe, por más que le buscaron. Y es que el pobrecillo, así que salió desterrado del reino de su padre, se había dirigido en busca del jorobadito y vivía con él en lejanas regiones que nadie conocía.

A todo esto, la princesa del castillo—que estaba ya libre del encantamiento, pues con unas cosas y otras había transcurrido el año—dió orden de que el camino que conducía a su morada, fuera pavimentado con losas de oro macizo, llenas de piedras preciosas.

Uno de sus viejos consejeros le preguntó por qué hacía aquello.

—Para recibir a un príncipe que llegará muy pronto para convertirse en mi esposo.

—Muchos príncipes tratarán de llegar hasta ti—ase-



SIN PREOCUPARLE POCO NI MUCHO SI SU CABALLO DESTROZABA  
EL RICO EMPEDRADO

guró el consejero,—pues eres muy hermosa. Y eso lo saben hasta en los más lejanos países.

—Es posible que lleguen otros pretendientes... Pero el que yo digo pasará por el camino, sin preocuparse de lo que pisa su caballo. Y los otros cabalgarán por los bordes para no estropear tanta riqueza. A éstos dad una orden de que se les reciba a latigazos... ¡No me interesa ni verles!

Y sucedió como ella dijera.

Al cumplirse el plazo del año en que el buen príncipe la desencantara, el hermano mayor se presentó en el país, con el propósito de usurparle el puesto. Mas al ver el camino tan ricamente enlosado, pensando que iba a ser suyo, no quiso estropearlo y recorrió, bordeándolo, la distancia que le separaba del castillo.

Al llegar a la puerta del edificio, se encontró con una inmensa multitud que le aguardaba. Y tan pronto hubo dicho que era el príncipe que iba a casarse con su princesa, empezaron a gritos, a burlarse de él y, finalmente, se le echaron encima y le dieron de latigazos, hasta que su corcel consiguió dejar atrás a los furibundos perseguidores.

Y al segundo hermano le pasó lo mismo.

Por último, se presentó el verdadero prometido. Cual presumiera la princesa, aquel príncipe se preocupaba poco de las riquezas: amaba a la dama que conociera encantada. De modo que recorrió el camino a toda velocidad, sin preocuparse poco ni mucho si su caballo destrozaba el rico empedrado de oro y piedras preciosas.

A él no le recibieron con garrotes ni látigos, sino que las verjas del castillo se abrieron de par en par. Y cuando entró gallardamente en el patio, le aclamaron con grandes vivas y músicas. Además, gran número de caballeros de la mejor nobleza del país acudieron a rendirle homenaje.



LES LLEGÓ A LOS OIDOS UNA EXTRAÑA MÚSICA

admirados de lo que contemplaban para atreverse a dar un paso. ¡Era tan curioso e inesperado el espectáculo!...

Entonces, los demás gnomos se sumaron al mayor de ellos, invitándoles a acompañarles en la fiesta. El aprendiz de joyero, que era el más amante de las diversiones, se adelantó y entró decidido en el corro, colocándose al lado del hombrecillo de la barba blanca. Un momento después, el sastre hacía lo mismo que el jorobado.

Los hombrecillos y las mujercitas parecieron alegrarse tanto de su presencia, que reanudaron la danza y los cantos con más brío y alegría que un momento antes.

Por su parte, el gnomo de la barba blanca echó mano de su cuchillo y se puso a afilarlo con el mayor cuidado. Esto ya no gustó tanto a los aprendices, sino que les llenó de miedo, especialmente al joyero.

Ya se preparaban a escapar cuando, repentinamente, el gnomo aquel dió un brinco y agarrándoles por el cuello con una fuerza prodigiosa, les afeitó cabeza y barba con la mayor destreza y en menos tiempo del que se necesita para contarlos. ¡Y cosa extraña, el estupor o tal vez un encantamiento, no permitió que ninguno de los dos escapara, en tanto que el otro era sometido a tan raro sacrificio!

En seguida el gnomo barbudo les dejó en libertad y, lo que es más, les hizo señas de que se marcharan. Parecía muy satisfecho.

Los asombrados y corridos aprendices iban, pues, a irse, cuando nuevamente el extraño gnomo les hizo unas señas. Pero ahora señalaba un montón de carbón que se veía allí cerca. Y con gestos inconfundibles les invitó a que se llenaran los bolsillos.

El primero en hacerlo fué el aprendiz de sastre y luego, le imitó el joyero. Por cierto que éste, mientras lo hacía, refunfuñaba diciendo que de poco iba a servir-



ECHÓ MANO DE SU CUCHILLO...

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



EL ESTUPOR O TAL VEZ UN ENCANTAMIENTO NO PERMITIÓ  
QUE NINGUNO DE LOS DOS ESCAPARA...

les el carbón, y menos, seguramente, para ayudarles a crecer el pelo.

En fin, que se llenaron los bolsillos y se marcharon muy de prisa del extraño lugar. El joyero iba refunfuñando y maldiciendo el momento en que se le ocurriera meterse en el corro de bailarines.

Antes de partir definitivamente, volvieron la cabeza para ver, por última vez, a los pequeños bailarines. En aquel momento comenzaron a sonar las doce en el campanario de un monasterio cercano y al instante quedaron interrumpidos la danza y la música de los gnomos, que desaparecieron como por encanto.



IGUIERON su marcha y media hora después, los dos viajeros llegaban a una aldea y obtenían albergue para pasar la noche. Vestidos como iban, se dejaron caer en los camastros que les dieron y, al momento, se quedaron dormidos.

Les despertó, con sobresalto, la sensación de que alguien tiraba de ellos. Apuntaba ya el día.

Pronto se dieron cuenta que no era que nadie les tirase de la ropa, sino que todo se debía al peso que llevaban en los bolsillos. Recordaron el carbón y se llevaron las manos a las faltriqueras para vaciarlas, hallándose, con la jubilosa sorpresa que es de suponer, con que los trozos de carbón que recogieran la noche anterior, por indicación del enano de la barba blanca, se habían convertido en otros tantos pedruscos de oro macizo.

Un momento después, descubrían, también asombrados, que durante la noche les había vuelto a crecer el cabello y el incipiente bigotillo.

Claro está que se sintieron muy felices. Unas horas antes eran pobrÍsimos y ahora, cuando menos podían esperar, se encontraban dueños de inesperadas y cuantiosas riquezas.



SE HABÍAN CONVERTIDO EN OTROS TANTOS PEDRUSCOS DE  
ORO MACIZO

De los dos, el más rico era el aprendiz de joyero. En efecto, el jorobado, que era muy codicioso, había tomado doble cantidad de carbón que su compañero. Por lo tanto, era doblemente más rico.

Esto no era obstáculo para que se lamentase amargamente de su imprevisión de no tomar mayor cantidad de carbón.

—Sólo un tonto—decía—puede no haber comprendido que el enano de las barbas no nos iba a hacer cargar con carbón, de no ser con objeto de recompensar nuestra docilidad al dejar, como hicimos, que nos pelara cabeza y barba.

No quiso desayunar tampoco, a pesar de que no había cenado. Sólo le preocupaba dar con un medio que le permitiese aumentar la fortuna inesperada que le había venido a las manos.

Al fin creyó haber dado con el medio: volver aquella noche nuevamente a la hondonada del bosque, en busca de más carbón. Y así se lo propuso a su compañero.

Pero el sastrecillo, que no era codicioso como el otro, se negó en redondo, diciendo:

—Gracias, amigo; pero yo tengo bastante con lo que he conseguido. Regresaré a mi aldea y pondré un taller de sastrería. Luego me casaré con la moza que es mi novia y ambos seremos muy felices. Sin embargo, tú puedes hacer lo que te parezca. Si vuelves al bosque esta noche, te aguardaré hasta mañana para regresar juntos.



AN pronto anocheció, el jorobado, que continuaba con su propósito de enriquecerse, tomó el caminito que conducía a la hondonada del bosque. Llevaba consigo dos grandes sacos.

En el mismo lugar de la noche anterior, encontróse



CARGADO CON LOS PESADOS SACOS QUE A DURAS PENAS  
PODÍA LLEVAR

con el corrillo de enanos que danzaban y cantaban. También estaba el gnomo de la barba. Sin vacilar, el aprendiz de joyero se metió en el corrillo. Su codicia le había hecho olvidar el miedo que siempre tuviera a la noche.

Ocurrió todo exactamente igual. El barbudo gnomo le afeitó la cabeza y luego le invitó a que tomara el carbón que quisiese.

La única diferencia fué que el enano no parecía tan contento. Pero el codicioso jorobado no se dió cuenta de ello. Estaba muy ocupado metiendo carbón en los sacos que llenó hasta reventar.

No contento con esto, además se llenó las faltriqueras y hasta el gorro quería, pero, como iba afeitado de cabeza, sintió frío y desistió de ello. ¡No podía ahora arriesgarse a coger una pulmonía, cuando iba a ser tan rico!...

Cargado con los pesados sacos, que a duras penas, podía llevar, regresó adonde le aguardaba su compañero, que dormía a pierna suelta.

También el jorobado se echó en su camastro, pero no pudo dormir. Ansiaba que llegara el día para contemplar su tesoro.



Sí que brilló la primera luz de la aurora, brincó el aprendiz de joyero de su cama. Febrilmente, desató las bocas de sus sacos, afanoso por ver cuánto oro poseía...

¡Qué amarga desilusión!

Los sacos sólo contenían carbón. Y carbón sólo también era lo que había en las faltriqueras de sus ropas.

Su desesperación fué enorme ante semejante des-



PERO SE ENCONTRÓ LA CABEZA MONDA Y LIRONDA

engaño. Luego, se conformó un poco. Aun era más rico que el sastre: tenía el oro de la vez anterior.

Así pensando lo buscó debajo del jergón donde lo dejara. ¡Nuevo desencanto! ¡También aquel oro se había vuelto carbón!

Tanto fué su furioso dolor, que se llevó las manos a la cabeza para arrancarse los cabellos. Pero se encontró con la cabeza monda y lironda. ¡El pelo no le había vuelto a crecer! ¡Se había quedado calvo!

Ya no dolor, sino rabia sintió el desgraciado. Y sin embargo, aun no conocía la totalidad de su castigo por la codicia de que diera pruebas: formando juego con la joroba que tenía en la espalda, al aprendiz de joyero le había nacido otra en el pecho.

El sastrecillo que se había despertado y vió cuanto le aconteciera a su compañero, dejó entonces su lecho y, poniéndole la mano en la espalda, le consoló con estas palabras:

—Amigo, cesa en tu desesperación... Si todo lo perdiste, yo aun tengo mucho. Toma la mitad de mi oro, que a pesar de ello, aun poseeré yo más de lo necesario para lo que pueda necesitar.

Y gracias al buen sastrecillo, el joyero pudo, como él, establecerse y buscar en el trabajo la fuente de la verdadera riqueza. Llegó a ser dueño de un bonito capital, pero en recuerdo de su codicia, tuvo siempre la doble jiba y nunca más volvió a crecerle el pelo.



# MIS PRIMEROS CUENTOS

Hermosa colección de cuentos clásicos, indicada como primera lectura de todos los niños. Además de instruirles y deleitarles, les ha fascinado por las bellas artes por sus magníficos dibujos hechos por manos maestras.

- Nº 1 - Blanca Nieves
- Nº 2 - Alí Babá y los Cuarenta Ladrones
- Nº 3 - La Cenicienta
- Nº 4 - Barba Azul
- Nº 5 - Pulgarcito
- Nº 6 - El Príncipe y la Zorra para Acornillada
- Nº 7 - El Agua Tardadera
- Nº 8 - Los Tres Niños del Diablo
- Nº 9 - El Rey Cuervo
- Nº 10 - Caperucita Roja

Argemiro  
BARCELONA

Guillem Saguer  
BUEENOS AIRES

EDITORIAL  
MOLINO